

## Se agotan los vientos de cola

■ M. Tortajada

La Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal (AIReF) calcula que la economía española crecerá un 0,7 % en el segundo trimestre del año, en línea con el primer trimestre. Este cálculo, recogido en su herramienta de previsión del PIB en tiempo real Mipred, supone una desaceleración con respecto a la estimación inicial del 28 de abril, que esperaba un repunte del 0,75 %, según su "termómetro" sobre la evolución de la economía. La AIReF explica que los últimos datos coyunturales conocidos constituyen un saldo de "sorpresas negativas" que "muestran una ligera desaceleración de la economía".

En este sentido, el banco suizo UBS cree que el crecimiento de la economía española revertirá gradualmente hacia unas ratios exiguas, debido a que el efecto beneficioso de los factores externos se está desvaneciendo, al menos que se aprueben reformas estructurales adicionales.

"La recuperación económica ha estado ayudada no sólo por las favorables condiciones externas, sino también por las reformas estructurales y los impulsos crediticio y fiscal. Sin embargo, estos factores están empezando a amainar, lo que provocará una desaceleración gradual del crecimiento del Producto Interior Bruto (PIB)", ha advertido UBS en referencia a España y, en general, a las economías del Sur de Europa,



José Luis Escrivá, presidente de la AIReF, advierte de la desaceleración.

como también Italia y Portugal.

De hecho, la entidad suiza ha apuntado que un crecimiento por debajo de la tendencia hará que el déficit público y la deuda sobre PIB vuelvan a subir, especialmente en España, donde el déficit estructural permanece aún en el 3%. Esta métrica podría deteriorarse "rápidamente" en la próxima desaceleración mundial.

Respecto a la mejor evolución de la economía española en comparación a Italia o Portugal en este ciclo, UBS ha apuntado a que se debe a un mayor impulso crediticio después del contundente saneamiento de los bancos y a la mayor contribución del sector exterior. También ha señalado que se ha beneficiado de la mejora de su competitividad tras la reforma de su mercado laboral y el mayor 'boom' turístico.

Y ahora llega el petróleo que en

**El banco suizo UBS cree que el crecimiento de la economía española revertirá gradualmente hacia unas ratios exiguas, debido a que el efecto beneficioso de los factores externos se está desvaneciendo, a menos que se aprueben reformas estructurales adicionales**

los últimos años había remado a favor de España. La subida del precio del petróleo podría costar a España unos 5.500 millones de euros. La economía española importa unos 450 millones de barriles al año. En 2017 el precio medio rondó los 55 dólares. Y este año se esperaba que se situase en los 65. Sin embargo, tras el anuncio

de Trump de romper el pacto nuclear con Irán, se ha disparado hasta los 77 dólares y las casas de análisis ya manejan cifras medias en torno a 70 dólares para 2018. Con esta cotización y si se mantiene la valoración de la divisa europea, unos 5.500 millones de euros se irían de España a los países productores de crudo este año. Además, según cálculos del Ministerio de Economía, este mayor coste tendría también efectos negativos en el consumo y, en última instancia, en el empleo.

El año pasado España importó 30.323 millones en petróleo y derivados, y 40.332 millones en el total de productos energéticos incluyendo también gas, carbón y electricidad. Los precios de estos están estrechamente vinculados al crudo. Esas cifras supusieron una subida de la factura del 36% respecto a 2016. Si bien una parte fue por la mejora del consumo, el grueso del aumento se produjo por el encarecimiento de los productos energéticos. Solo en un año el coste para la economía española creció en 10.769 millones. Entre 2016 y 2017, el petróleo había escalado alrededor de un 50%.

Por otra parte, el encarecimiento del oro negro tendrá un impacto directo en el consumo, que además se agravaría conforme se filtra al resto de precios. El Gobierno ya prevé una ralentización del consumo para este año: en 2016 sumó un 3%. En 2017, un 2,4%. Y en 2018 solo avanzará un 2%, según las estimaciones del Ejecutivo. En el plan de estabilidad, el Ministerio de Economía reconoce que por un incremento de 67,7 a 75 dólares el consumo perdería 0,2

puntos. Aunque probablemente el crudo no suba tanto, algunos economistas creen que el impacto podría ser algo mayor de lo que espera el Gobierno debido al poco margen con el que cuentan los hogares.

Los expertos también matizan que en España los hogares y empresas suelen reaccionar ante un incremento sustancial del precio del crudo disminuyendo la demanda.

En líneas generales, el Gobierno prevé una ralentización del consumo de los hogares, que crecerá un 2% en 2018 frente al 2,4% de 2017. Los motivos: el agotamiento de la demanda que quedó embalsada con la crisis, la recomposición de un ahorro en mínimos históricos y una leve moderación de la creación de empleo. En cambio, la inversión y las exportaciones seguirán tirando de la actividad a ritmos cercanos al 5%.

Economía también dibuja los peligros que existen para las exportaciones y, en consecuencia, para la inversión. De una parte, menciona el impacto que todavía puede ocasionar el Brexit sobre los flujos comerciales españoles. Por otro, hace una especie de aproximación a los efectos que podría causar el proteccionismo comercial instigado por la Administración Trump. Con este fin, estima una reducción de cinco puntos porcentuales en la demanda de exportaciones españolas solo para 2018. Como dos tercios se destinan a la UE, estas se encontrarían "al abrigo de medidas proteccionistas directas", apunta Economía.

## Crónica mundana

### Macri y el 'abrazo de la muerte' del FMI

■ Manuel Espín

Si está interesado en adquirir cualquier propiedad inmobiliaria en Buenos Aires —una de las ciudades más fascinantes y espectaculares del planeta, todo sea dicho— ya sabe que la moneda oficial (peso) no sirve como indicador y que los precios son en dólares, como ocurre con los productos ajenos al menudeo del consumo. Pregunte a cualquiera de sus amigos argentinos: están acostumbrados desde épocas remotas a situaciones esquizofrénicas, como la compra desesperada de dólares a la carrera para evitar que la inflación se coma cualquier retribución, la transacción "no oficial" en plena calle y fuera de bancos y casas de cambio, la adquisición de oro a la desesperada, o el extremo de la supervivencia en una infausta época en la que los ceros en los billetes bailaban, los precios de los diarios tenían cada día un valor distinto, y los productos de consumo se revisaban al alza a lo largo de la misma jornada. Un desquiciado proceso soportado por los argentinos que parecía eliminado para siempre en el más oscuro túnel de la historia.

Argentina, país importantísimo a nivel mundial y por las más variadas razones, y un auténtico gigante dormido, no ha logrado con Mauricio Macri olvidar sus demonios en el jardín. En los últimos meses el presidente neoliberal, que llegó al poder gracias a la división del peronismo entre dos posiciones (siempre con un alma a la izquierda y otra a la



El presidente argentino, Mauricio Macri.

**"La caída del peso, la inflación, el déficit fiscal y la desconfianza en la economía argentina fuerzan al presidente neoliberal a negociar un rescate de 30.000 millones de dólares que rememora los peores recuerdos del pasado"**

derecha), bajo la imagen del triunfador de centroderecha a la americana —en línea con Macron e incluso con Albert Rivera— ha visto cómo los indicadores tornaban al negro cielo de la tormenta. Con una caída del peso que ahora se cambia a unos 21/23 dólares, una inflación por encima del 20%, aunque se duda sobre las verdaderas cifras, frente al 15% prometido por Macri, una deuda

**"Un peronismo dividido, que facilitó la victoria del actual gobierno, se enfrenta a un dilema opositor: crítica y movilización contra Macri y sus recetas, o contemporizar con sus decisiones"**

exterior galopante de más del 30% del PIB, fuerte déficit fiscal y en la balanza de pagos, en un momento en el que el precio de las materias primas de las que Argentina es exportador vienen descendiendo en el mercado mundial.

Ante ese panorama, Macri se ve obligado a negociar un rescate del FMI de 30.000 millones de dólares, que vende a los ciudadanos como si pasara casi de puntillas sobre

una decisión trascendental. El FMI proyecta una imagen ya conocida para el argentino medio: como cualquier prestamista privado deja dinero pero también exige mucho. Tras el golpe de estado militar que arrojó a Perón del poder, la dictadura militar pidió en 1957 un primer crédito al FMI, situación que bajo gobiernos muy distintos se fue repitiendo. En 2001 De la Rúa reclamó 38.000 millones para sostener al peso en caída libre. Ya se sabe lo que vino después: el corralito y el riesgo de quiebra técnica e impago. Todos y cada uno de los préstamos tienen contrapartidas: exigen al gobierno la reducción del gasto público, una política de ajustes duros, la contracción del déficit y la disminución del papel del Estado. Esas recetas tienen un coste social, con disminución de las pensiones, privatizaciones, desempleo y pérdida de sistemas de protección pública. En 2006 el peronista de izquierdas Néstor Kirchner logró una histórica carambola: pagar los 9.800 millones que se debían al FMI y por lo tanto no depender de las obligaciones contraídas respecto a la política económica. Todavía otras deudas de aquella época revolcaron sobre la presidencia de Cristina, como las que se contrajeron con los fondos buitres, hasta su liquidación. Hoy Macri se ve obligado a aceptar el abrazo de la muerte del FMI —es decir, la asunción de una política de ajuste que impacta en la ciudadanía, especialmente en los sectores más desfavorecidos— en un momento en el que las reservas argentinas de divisas apenas alcanzan a algo más de medio año, y pese a que en meses pasados se lograron colocar bonos tanto en el mercado interior como en el exterior. La situación

contribuirá también a la caída en el consumo de los ciudadanos, afectando a la demanda interna.

La situación es compleja: nadie duda de que es necesario el ajuste y la disciplina, pero esto tiene un coste social y político elevadísimo: no hay más que ver el miedo a las subidas de precios en productos básicos de la cesta familiar, o la amenaza del desempleo y de los recortes en pensiones y asistencia pública, sanidad o educación. La única salida: dar confianza tanto a la ciudadanía como a los inversores extranjeros que vienen demandando una mayor seguridad jurídica y estabilidad (con importantísima presencia entre ellos de empresas españolas, como Santander Río, BBVA Banco Francés, Telefónica, Gas Natural, Endesa, Mapfre, Repsol, y muchas más, hasta constituir el primer inversor por delante de EE UU). Es decir, la búsqueda de un pacto social que redistribuya el coste de la crisis, y que ésta no caiga sólo entre los más vulnerables. Pero esto es difícil desde el punto de vista político. Macri ha intentado presentar este rescate al FMI entre eufemismos; pero la letra pequeña de las contrapartidas causa escalofríos. Los fantasmas son muchos, empezando por la inflación y la vertiginosa subida de tipos, algo muy difícil de comprender para españoles (y europeos) con el precio del dinero al 0%. Para la ciudadanía argentina, y por sus malos recuerdos, llamar a la puerta del FMI significa algo parecido a colocarse la soga de ahorcado. Ahora Macri recurre a pedir de nuevo financiación al Fondo. Una decisión con mucho de simbólica e histórica, políticamente muy arriesgada.